Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

V – La traición de los emires

07 – Sâleh el victorioso

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

7 – Sâleh el victorioso

Un día, el rey El-Sâleh presidía su Consejo, con espíritu alerta y despierto, invocando la oración y la bendición divina sobre el Profeta árabe, en cuyas manos verdean las briznas resecas, y el que en la noche de su nacimiento, se vio palidecer la llama secreta de los persas; el lector del Corán recitó algunos versículos, el heraldo realizó las invocaciones al uso, a las que los asistentes respondieron al unísono "¡amén!". Luego, el *shauísh alam* proclamó:

- ¡Oh, rey, no seas orgulloso, pues la realeza solo pertenece a Dios, el Único, el Victorioso!

- ¡Gloria al que concede la realeza a quien Él quiere entre Sus criaturas! –respondió el rey.

Un segundo *shauísh* tomó acto seguido la palabra:

- Que todos los que tengan que formular una súplica digan conmigo: "Oh, ¡Tú, que satisfaces todas las súplicas! Oh, ¡Tú, que respondes a cada plegaria!"

En ese preciso momento, la cortina que cerraba la entrada se abrió –ojalá Dios no aparte su protección de todo el que proclame Su unicidad–, y entró un mensajero, todo cubierto del polvo de los caminos. Besó la mano del rey, le deseó larga vida y victoria sobre sus enemigos, y luego sacó una carta, diciendo:

- *Efendem*[1], acabo de llegar de Alepo, con un mensaje del virrey y de los notables de la ciudad.

El rey tomó la carta, la abrió y, tras echar un vistazo, se la pasó al secretario del Consejo para que diera lectura pública de ella:

> *"Del más fiel de tus amigos y del más humilde de tus siervos, esclavo entre los esclavos de nuestro señor el sultán, El-Muzaffar, virrey de Alepo.*
>
> *Informamos a tu majestad de lo siguiente –ojalá que nunca recibas otras malas noticias:*

[1] En turco: "señor", "sire". *Efendi*, que tiene el mismo sentido, se emplea sobre todo para los dignatarios civiles del Consejo, sobre todo para el Cadí.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El jan Halawûn ha invadido nuestro territorio, a la cabeza de un ejército más numeroso y devastador que una nube de langostas; viene acompañado por sesenta shahs *persas y sesenta* azdahâr[1]. *Ya ha atravesado el Eufrates, saqueando las aldeas de la región, cuyos habitantes, aterrorizados se han refugiado en Alepo, aumentando desmesuradamente el número de sus habitantes.*

El jan reclama que le entreguemos Alepo, y reivindica toda Siria, hasta El-'Arîsh[2]. *Le hemos pedido una tregua con objeto de avisarte, y para que tomes las medidas oportunas. Saludos."*

Esta expedición del jan Halawûn se producía por una causa ¡y qué extraña causa digna de ser escrita con tinta de oro! En efecto, el predecesor del rey El-Sâleh en el trono de el Cairo, el rey El-Awhad, tenía una única hija, llamada Shajarat El-Durr[3], más bella que el día y más luminosa que el claro de luna cuando está en su plenitud; la fama de su gran belleza se extendió por todos los países del Islam, y, a través de viajeros y mercaderes, llegó hasta la corte del rey de los persas, Möngke Timûr[4], el padre del jan Halawûn.

Y hete aquí que un día, el rey de los persas reunió a sus consejeros y a los prohombres de su reino, y les dijo:

- Tengo la intención de que mi sucesor en el trono de Cosroes[5] sea mi hijo Halawûn.

- Desde luego que estás en tu derecho, oh poderoso jan; aunque la condición para acceder a ese rango es estar casado –le respondieron.

- Muy bien; solo que, tendremos que buscarle una joven digna de él, tanto por su belleza, como por su cuna.

- Si ese es tu deseo, oh poderoso jan –le dijo entonces el visir Saqalantâs–, solo conozco a una persona que pueda reunir ambas virtudes: la hija del rey de los musulmanes.

- Pero, visir, ¿cómo puedo podría yo pedir a un musulmán la mano de su hija? De sobra conoce él que nosotros adoramos al fuego resplandeciente[1]…

---

[1] En persa: "gobernador de provincia".
[2] Aldea en la costa mediterránea, a unos sesenta kilómetros al sur de Gaza, que en esa época, servía de frontera entre las dos provincias del reino ayyubí: Egipto y Siria.
[3] Históricamente se trata de la esposa de Al-Malik Al-Sâlih, que juega un importante papel en la transición entre las dinastías ayyubí y mameluca (ver la *Presentación de Las Infancias de Baïbars*) Nos la encontraremos de nuevo en el siguiente volumen.
[4] Möngke, nieto de Gengis-Kan y gran kan de todos los mongoles, era, de hecho, el hermano mayor de Halawûn-Hülegü. "Timur" es un añadido del narrador, puede que por una confusión con Tamerlán (Timur-Leng) que saqueó todo Medio Oriente algo menos de un siglo después.
[5] Se trata de Cosroes Anôsharvân, emperador de Persia, cuyo reinado (531-579), marcó el apogeo de la dinastía sasánida. Dejó un recuerdo muy vivo en la literatura árabe, gracias a las traducciones del persa antiguo, aunque su nombre se aplicó de manera genérica, a todos los emperadores persas anteriores a la conquista islámica.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Oh poderoso jan –continuó el visir–, ¿y por qué no servirse del engaño? ¿Acaso no hay que usarlo en cualquier circunstancia?

- Y ¿qué es lo que se te ha ocurrido?

- Coge una fuerte suma de dinero, haz fabricar un caftán que pueda valer el precio del rescate de un rey, y envíaselo.

El jan Möngke Timûr hizo pues confeccionar un caftán espléndido, bordado en oro y plata y realzado con piedras preciosas, que podría valer más de siete *jaznehs*; se lo envió como un presente al rey El-Awhad, junto con una carta que decía:

> *"En el nombre del fuego, de la luz, de la sombra y del calor.*
>
> *Del rey de los Persas, los Turcos y los Daylamitas, el jan Möngke Timûr, hijo de Cosroes.*
>
> *Te envío este caftán, para mí muy precioso, aunque indigno de ti, y vengo a pedirte y a rogarte que me concedas la mano de la perla bien guardada, del diamante bien oculto, de la princesa Shajarat El-Durr, para mi hijo Halawûn; de este modo, tengo la esperanza de unir nuestras dos dinastías, de suerte que se conviertan en dos almas gemelas de un mismo cuerpo hasta el fin de los tiempos.*
>
> *Por todo ello, ruego a tu majestad que no nos inflija la humillación de un rechazo, comprometiéndome a verter, en calidad de* mahr, *la suma que tú consideres.*
>
> *Sin otro particular, recibe mis saludos."*

Una vez que hubo leído esta misiva, el rey El-Awhad aceptó el presente y ordenó que el mensajero fuese tratado con los mayores honores en el palacio de los invitados. Llegada la noche, cuando se levantó la sesión del Consejo, el rey partió hacia su harén, e hizo llamar a la princesa Shajarat El-Durr. Cuando ella llegó, le puso sobre los hombros el caftán del jan Möngke Timûr, y ¡la princesa apareció como una hurí que hubiera escapado del paraíso burlando la vigilancia del ángel que guarda su entrada!

- ¿Qué significa este caftán, padre mío? –preguntó la princesa muy extrañada.

El rey El-Awhad le anunció entonces la petición de matrimonio, y repitió todo lo que hemos descrito a los nobles y generosos señores que nos escuchan. Al oír esta noticia, el hermoso rostro de la princesa se crispó y le repuso encolerizada:

---

[1] El zoroastrismo, que los musulmanes asocian, de una forma un tanto simplista, al "culto del fuego", se presenta en el "Baïbars" de un modo caricaturesco; las fórmulas "religiosas" utilizadas por los persas son, de hecho, fórmulas musulmanas travestidas, en las que el nombre del fuego, de la llama, etc., ocupa el lugar de la divinidad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Padre mío –le dijo–, ¿cómo pretendes que yo, descendiente de una larga generación de piadosos musulmanes, sea dada en matrimonio a un hombre que adora la llama del fuego? ¡Eso es algo que en nada complace al Soberano Todopoderoso, al Creador del día y de la noche!; ¡y, si se hiciera, nos cubriría de una vergüenza imborrable! ¡Si tú me obligas a ello, antes de que me entregues a un pagano, yo, con mis propias manos, me mataré, y será Dios quien te pida cuentas por mi sangre! ¡Y sabe que, aunque me ofreciera todo el oro de sus tesoros, jamás desposaría a nadie que no fuera un buen musulmán, que afirme la Unicidad de Dios, y la misión profética de nuestro señor Muhammad!

Al verla con tal determinación, el rey El-Awhad, emocionado ante ese discurso, se volvió a sus aposentos. Al amanecer del día siguiente, el rey hizo sus abluciones, rezó la plegaria del alba con las invocaciones, y luego, después de desayunar, se fue al Consejo. Una vez que hubo ocupado el trono de nuestro señor José el Verídico[1], se volvió hacia sus consejeros y a los grandes del reino y les dijo así:

- Y bien, ¿qué vamos a responder a la petición del jan Möngke?

- Oh rey todopoderoso –ojalá que Dios te concede cuanto desees–, en nuestra opinión creemos que deberías darle esta respuesta:

> "Poderoso jan, hemos recibido tu misiva y tu regalo, que aceptamos de corazón; pero respecto al *mahr*, no queremos oro, ni piedras preciosas, ni diamantes; tan solo unas palabras de gran ligereza al ser pronunciadas, pero de mucho peso en la balanza del Juicio final: y es que tú hagas la profesión de fe diciendo "No hay más Dios que Dios, y Muhammad es Su Profeta". También es nuestro deseo que derrumbes los altares del fuego, y que únicamente adores al Rey Todopoderoso, al Creador de los hombres y de los yins. Cuando hayas hecho todo esto, yo te enviaré a mi hija, que será una más de entre tus servidoras. Mas en caso de que no aceptes esta propuesta, te devolveré tu presente, y ambos nos quedaremos como hasta ahora, cada cual con sus creencias. Actúa pues como consideres más conveniente."

El rey El-Awhad, de acuerdo con esta opinión de su Consejo, hizo que llamaran al mensajero y, después de recompensarle cumplidamente, le entregó una carta en ese sentido. El edecán montó en su cabalgadura y regresó a Tabriz, presentándose de inmediato en el Consejo de Möngke Timur. Éste, que se mostró muy contento al verle de vuelta, le preguntó:

- Entonces… ¿Asunto arreglado?

- No, oh poderoso jan; dígnate tomar esta misiva y leerla.

---

[1] Según la tradición islámica, José, hijo de Jacob, reinó en Egipto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El jan cogió la carta y su lectura le provocó un estallido de cólera terrible. Volviéndose hacia sus consejeros y a su visir Saqalantâs, dio rienda suelta a su furor:

- ¡Por el fuego y el sol de marte! ¡Voy a reunir un ejército tan numeroso, que aún sin haber salido su retaguardia de Tabriz, la vanguardia se encuentre ya en Damasco, y con él voy a invadir las tierras de este rey! ¡Qué se ha creído! ¡le cubro de presentes y, a cambio, me intimida ordenándome que abandone la religión de mis padres y de mis antepasados! Pero que espere un poco, y ya verá…: ¡le voy a atacar, destruiré todos sus ejércitos, y con mi espada, me apoderaré de sus tierras!

- ¡Manda y obedeceremos, oh jan todopoderoso! –respondieron los consejeros– Somos tus servidores más humildes.

El jan les ordenó que se prepararan rápidamente para entrar en campaña; aconsejado por el visir Saqalantâs, abrió los cofres de su tesoro, y distribuyó oro entre sus soldados, diciéndoles:

- ¡Defended con valor vuestra religión, al precio de vuestra vida! Y si alguien quiere haceros cambiar de fe, respondedle a golpes de sable. ¡Y los que de entre vosotros mueran, sabed que sus almas se unirán al brillante fuego, pero los que se sometan, otro final les espera!

Llegaron combatientes de todas partes: de Rayy y de Isfahán, de Qumm y de Qâshân, y se fueron concentrando en Tabriz, aunque sin saber muy bien dónde montar sus campamentos. Entonces, Möngke Timûr dio la señal de partida y la inmensa muchedumbre de soldados se puso en marcha, atravesando estepas y desiertos hasta llegar al Éufrates, en donde se detuvieron para descansar de las fatigas del viaje. Al tercer día, y cuando ya se preparaban para reanudar la marcha, les llegó la noticia de la muerte del *Qân-e Arab*[1], el rey El-Awhad. Rápidamente, el visir Saqalantâs, que era el comandante en jefe, corrió a darle la buena nueva al rey de los persas. Éste, lleno de gozo, dirigió una plegaria de acción de gracias al fuego brillante, y dio la orden de atravesar el Éufrates, garantizándoles una victoria total.

Mientras tanto, la princesa Shajarat El-Durr, cruelmente afectada por la muerte de su padre, se había retirado a su palacio para dar allí rienda suelta a su tristeza. En ese momento, también se supo en El Cairo que un ejército enorme avanzaba hacia allí con la intención de conquistar todo el país, y que, después de haber cruzado el Éufrates, ya estaba en las inmediaciones de Alepo. Entonces, los grandes del reino y sus altos dignatarios, pidieron ser recibidos por la princesa para anunciarle esta funesta noticia.

- ¡Basta ya de llantos y de duelos! –la dijeron– ¡Los adoradores del fuego están a nuestras puertas!

---

[1] En persa: “Rey de los árabes”.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- No me está permitido, conforme a nuestras leyes, tomar posesión del trono de mi padre, el rey El-Awhad –les respondió la princesa–. Tendréis que escribir al príncipe El-Nâsser[1], a Damasco, para advertirle del asunto, y si él es capaz de resistir a los ejércitos persas, el reino de Egipto y de Siria serán suyos.

En cuanto oyeron estas palabras, redactaron una misiva que enviaron de inmediato a El-Nâsser, y éste, cuando la hubo recibido, respondió:

> *"Piadosos musulmanes; sabed que este reino perteneció en el pasado al rey El-'Adel[2]. Cuando éste murió, dejó un hijo demasiado joven para que pudiera reinar; por lo que el poder recayó en su hermano, el rey El-Awhad que, no ha tenido más descendencia que una hija. De modo que habrá que buscar un rey para suceder a su hermano".*

Redactada una misiva en ese sentido, la enviaron a la isla de Aruad[3], en la que residía El-Sâleh Ayyûb El-Nachmi. Este príncipe era el mejor campeón de su tiempo, un caballero al que ni siquiera los más fieros podían vencer. No obstante, aunque su mayor pasión era la de romper lanzas en los duelos, mostraba al mismo tiempo una piedad ejemplar, y siempre lleno de celo por la causa del Islam.

Un día en que había salido a pasear por el campo, vino a su encuentro un mensajero que le entregó la carta. La leyó, y decía así:

> *"Del primero de los amigos y del más humilde de tus servidores, tu primo, el rey El-Nâsser.*
>
> *Te escribimos para informarte –¡ojalá que nunca más vuelvas a recibir noticias tan abominables y escapes a los golpes del destino!– de la funesta suerte que ha golpeado a tu primo, el rey El-Awhad, y de paso, felicitarte por el poder que te ha sobrevenido. Monta pues en tu caballo y preséntate en El Cairo para tomar posesión del trono de José el Verídico; ven a defender el Islam contra los magos adoradores del fuego.*
>
> *Esto es todo lo que queríamos poner en tu conocimiento. Por lo demás, ¡Saludos!*

Al recibir esta misiva, El-Sâleh consultó a los prohombres que estaban con él y le dieron este consejo:

---

[1] Lo más seguro es que se trate de Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsir, virrey de Damasco, y futuro enemigo de Baïbars.

[2] Bajo este nombre, gobernaron dos soberanos ayyubíes: uno de ellos fue el hijo del gran Saladino, y el otro, el hermano de El-Sâleh; al que este último asesinó en 1240 para apoderarse de su trono (por cierto, que El-Sâleh no tenía nada de Santo Hombre de Dios como le presentan en el "Baïbars) Conviene señalar que todos estos relatos, incluidos los de la guerra contra los persas, son totalmente imaginarios.

[3] Pequeña isla, a lo largo de Tartûs. De hecho, en la época de Al-Malik Al-Sâlih, siempre estuvo ocupada por los Francos. En otro manuscrito se dice que esa isla es la de Rodas, lo que es aún menos probable. Menos imaginativa, la versión de El Cairo, habla de la "isla de los kurdos"; es decir, de la Alta Mesopotamia, en la que se sitúa el Kurdistán. Esta región, rodeada por el curso superior del Tigris y del Éufrates, en la toponimia árabe se reseña como una isla.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Debes enviar un mensajero al país de los kurdos para hacerles saber que tu tío, el rey El-Awhad, ya no está más entre nosotros.

Así que redactó una carta en ese sentido y añadió: "*Si alguno de vosotros quiere pretender al trono de Egipto, que entre en campaña para rechazar el ataque de los persas, adoradores del fuego. Y si resulta vencedor, el reino será para él.*"

El emisario llevó este mensaje, pero sólo recibió respuestas en las que abiertamente confesaban su impotencia; todos proclamaban que solo El-Sâleh podría rechazar esa invasión, y que se ponían a sus órdenes, implorando las bendiciones divinas sobre su reinado. Cuando le informaron a El-Sâleh de esta misiva, se felicitó por ella; dio tres días a sus hombres para hacer los preparativos, y partió a la cabeza de ciento cincuenta mil hombres[1], armados de pies a cabeza, en dirección al Éufrates.

Cuando Möngke Timûr supo que El-Sâleh, primo del *Qân-e Arab*, el rey El-Awhad, se estaba aproximando, alertó a su ejército y dio la señal de ataque. Dos horas más tarde, una nube de polvo se elevaba en el horizonte: el ejército musulmán llegaba, a las órdenes del rey El-Sâleh Ayyûb, que iba a la cabeza. Entonces, el *Môbadân*[2] persa lanzó el grito de a la carga con estas palabras:

- ¡Al ataque, hijos del Fuego, *sus* y a por el enemigo!

Los piadosos creyentes imploraron la ayuda de Aquel que ha creado llanuras y estepas; hicieron promesa de batirse hasta la muerte, por amor al Profeta elegido, y se lanzaron a la batalla con gran bravura. Los sables segaron cabezas, tanto de jóvenes guerreros, como de ancianos, cuyas canas blanqueaban bajo los yelmos. Las filas del Islam iban a replegarse cuando, entre una nube de polvo, aparecieron cincuenta mil turcomanos[3], capitaneados por Aïbak.

- ¿Te peleas como aspirante al trono de Egipto? –le preguntó el-Sâleh.

- ¡Ah, no, mi venir la religión defender[4]! –le respondió .

---

[1] Esta cifra, como en el caso del resto de los efectivos militares citados en el "Baïbars" es totalmente inverosímil; el ejército mameluco, en el momento de su mayor poderío, jamás pasó de unos diez mil soldados profesionales, a los que a veces se añadían escuderos, pajes, intendentes, etc., que podían tomar parte en los combates. En casos muy graves, y como medida de emergencia, se podía hacer un llamamiento a una especie de "milicia territorial", compuesta por hombres libres (no mamelucos), que jugaban un papel de fuerza de apoyo.

[2] Sumo sacerdote zoroástrico en el antiguo imperio sasánida; aquí, parece que también detenta funciones militares.

[3] Se da el nombre de turcomanos, a los clanes de pastores nómadas turcos; descendían de los Oghuzz que, en el s. XI, habían invadido el Oriente Medio de forma bastante pacífica, fundando el imperio Selyúcida. El término turcomano se aplicaba específicamente a los turcos que habían preferido quedarse como nómadas, por oposición a sus compañeros sedentarizados.

[4] Aïbak, como la mayoría de los jefes militares del "Baïbars", habla una horrible jerga cuartelera, mezcla de un mal árabe y algunas palabras y expresiones turcas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En realidad, Aïbak había venido para apoderarse del trono de Egipto, pero renunció de inmediato a su proyecto, al ver la majestad y dignidad que emanaban de El-Sâleh, pues ese valiente caballero parecía más terrible que un león de los bosques.

El Sâleh respiró aliviado por aquel súbito refuerzo; pero una segunda polvareda se levantó; era un ejército de sesenta mil hombres, que llegaba desde Anatolia[1] bajo las órdenes del agha Shâhîn.

- ¿De dónde venís? –preguntó el rey el-Sâleh.

- Oh, poderoso rey, yo estoy aquí para vengar la injusticia que han sufrido mis hermanos los creyentes, y pasar por la espada a esa maldita canalla de los persas. Solo pido a Dios que me incluya entre el número de sus valerosos héroes; yo no he puesto la mirada sobre el reino de Egipto, sino que me coloco al lado de los defensores de la Fe.

- ¡Valeroso guerrero, esos malditos persas, son todos tuyos!

Los tres ejércitos cargaron a un tiempo, el rey el-Sâleh marchaba a la cabeza, rodeado por kurdos ayyubíes.

- ¡*Allâh akbar*! –gritaba El-Sâleh– ¡Conquista y victoria! ¡Que la desgracia caiga sobre los infieles, por el honor del Profeta!

Los dos bandos volvieron al ataque y de nuevo se formó una melé espantosa, con el sable, con la lanza. Miles de flechas atraviesan a los enemigos, cuyos cadáveres se amontonan a diestro y siniestro; el rey el-Sâleh penetra en las líneas persas; dispersa a regimientos enteros, llega cerca del hijo de Cosroes, Möngke Timûr, y elevando la voz dice:

- ¡Ojalá y que te golpee la desgracia!, ¡enemigo de Dios! ¿Quién te crees que eres para pretender casarte con mi prima, la hija del rey El-Awhad? ¿Acaso piensas que son iguales nuestros linajes, y que los piadosos musulmanes pueden mezclarse con los hipócritas de los persas? ¡Maldito seas! ¡Vive Dios, que aunque me ofrecieras el reino de Cosroes, contra un solo pelo de mi barba, no lo aceptaría, y tú reventarás de rabia!

Entonces, El-Sâleh cargó contra él y lo atrapó por el cuello de la coraza, con tal fuerza y firmeza, que el otro quedó preso en su mano, como el pajarillo entre las garras del azor. Los caballeros kurdos corrieron en ayuda de El-Sâleh, que les entregó al hijo de Cosroes, Möngke Timûr; lo cargaron de cadenas y le arrastraron hasta un pabellón en donde le confiaron a la vigilancia de una brigada de soldados.

---

[1] En efecto, en esa época, toda la parte oriental de Anatolia la ocupaban los turcos semi-nómadas que iban empujando poco a poco a los bizantinos hacia el oeste. En cambio, en “Las infancias de Baïbars”, a Shâhîn se le hace proceder de Brusa o Bursa, que debería ser, un siglo más tarde, el núcleo histórico en donde nacería el imperio otomano; pero en esa época, Brusa pertenecía aún al imperio bizantino.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Cuando los persas vieron que su rey había sido hecho prisionero, redoblaron su ardor y lanzaron un asalto en bloque, al grito de: "¡Por la fe de la luz, por la claridad del día, y el calor del infierno!". Pero las gentes del Islam, animadas de un ardiente celo y de una resolución a toda prueba, invocaron el socorro del Enviado de Dios, y detuvieron el choque.

El enfrentamiento duró hasta la puesta del sol; en ese momento, la suerte de los ejércitos giró a favor de las tropas musulmanas. Los persas solicitaron gracia, los musulmanes envainaron las espadas y procedieron a recoger el botín. ¡Ojalá y que Dios siempre acuda en ayuda de los creyentes!

El rey volvió a su tienda, hizo sentarse al agha Shâhîn a su derecha, y a Aïbak, a su izquierda; luego mandó a buscar al *jan*, que no tardó en llegar, trastabillando a causa de las cadenas.

- ¡*Amân*[1], *Qân-e Arab*! –gemía el preso.

- ¡No vas a escapar a la muerte! –respondió el-Sâleh.

Le arrastraron hasta el tapiz del suplicio, y el verdugo se colocó a su lado. Los ojos desorbitados por el terror, Möngke volvió a gritar:

- ¡*Amân*, *Qân-e Arab*, yo te pagaré el rescate que quieras!

Entonces, el rey estipuló que el rescate sería de dos *jazneh*[2]. El persa aceptó y juró por el fuego crepitante que jamás, hasta el resto de sus días, volvería a combatir contra las tierras del Islam. En ese momento, el rey hizo que le quitaran las cadenas, y Möngke salió del pabellón sacudiéndose el polvo de la tumba, que había visto ya sobre sus hombros. Avergonzado y confuso, humillado hasta lo más profundo de su ser, regresó a su país, escoltado por los despojos de su ejército.

Y cuanto más se acercaba a su capital, más grande era su abatimiento; ¿cómo él, que siempre había recibido tributo de los kurdos, de los Ayyubíes, y de los Abbasíes[3], había podido dejarse vencer de ese modo por el rey El-Sâleh, caer en sus manos, y consentir en pagar semejante rescate? Faltaban solo dos jornadas para llegar a Tabriz, cuando Möngke pereció de la rabia que atenazaba su alma, y entró en la ciudad ya cadáver y atado a los lomos de su caballo.

---

[1] Tanto en árabe, como en persa, significa "¡piedad!".
[2] "Tesoro"
[3] El narrador (¿o Möngke?) llevado por su diarreica palabrería, mezcla todo: los kurdos en el "Baïbars", son los mismos Ayyubíes, y no un pueblo distinto como se indica en el relato. En cuanto a los califas abasíes, en la primera página del "Baïbars", los presenta como pertenecientes ya al pasado. Históricamente, los califas abasíes de Bagdad se mantuvieron hasta el saqueo de su ciudad por los mongoles en 1258, pero no parece que hayan pagado nunca ningún tributo a Halawûn.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La noticia de la catástrofe se extendió por toda la ciudad y los lamentos fúnebres se elevaron por todas partes; condujeron los despojos a una elevada torre, desde donde se le precipitó hacia el fuego. Tras siete días de duelo y de aflicción, los dignatarios del reino, los ministros y el *Môbadân*, sumo sacerdote del culto al fuego, se presentaron ante el hijo del rey, el jan Halawûn, para anunciarle el final del luto.

- El que deja un hijo como tú, en verdad que no está muerto –le dijeron para consolarle– El alma de tu padre ha volado con el fuego, y en sus brasas y llamas volverá a renacer.

Al fin consiguieron hacer que bebiera vino y le persuadieron de que saliera de la habitación en la que se había encerrado, para llevarle a que tomara posesión del trono. Le prestaron juramento, conforme a su errónea e impía ley, y él mismo se encargó de ejercer el poder según su libro santo, el "*Colectario de pamplinas*". Así que afirmó su autoridad y estuvo tranquilo durante cierto tiempo, pero siempre andaba triste y una pena le mordía el corazón, cuando pensaba en el rey El-Sâleh; por lo demás, sólo soñaba con partir a declarar la guerra a las tierras del Islam para vengar a su padre. Pero… dejémosle rumiar esos negros propósitos, y volvamos ahora al rey el-Sâleh.

Tras la retirada de Möngke, El-Sâleh recompensó a Shâhîn y a Aïbak, nombrando al primero *sirdar*[1] de los ejércitos, y al segundo, mariscal. Luego pidió a Shâhîn que diera la señal de partir, y el ejército se puso en camino. Marcharon noche y día, por campos y estepas, hasta que llegaron a la vista del Cairo. Su entrada fue un día de alborozo, consignado en los anales de la ciudad. Las jóvenes salieron de la casa de su padre, y las recién casadas de su habitación nupcial para festejar a los que llegaban, y todos los habitantes del Cairo fueron a saludarles.

El rey el-Sâleh entró en la Ciudadela, hizo el intercambio de la *bay'a*[2] con los representantes de la Comunidad de los creyentes, que le conminaron a gobernar por el bien, y a prohibir el mal, y a seguir siempre la purísima Ley.

Asegurados de esa manera los fundamentos del reino, se hizo entrar al rey, con los ojos vendados, en la armería, de donde salió llevando una espada en cuya hoja se podía leer la siguiente inscripción: "Rogad por el rey Victorioso[3]".

El-Sâleh pasó el resto del día gobernando conforme a la Ley, y por la tarde, entró en los aposentos de su prima, la reina Shajarat El-Durr. La halló más hermosa que

---

[1] En persa y en turco: "general".

[2] Ceremonia por la que la comunidad musulmana, representada generalmente por miembros de las jerarquías religiosas, dan su conformidad a un nuevo soberano, comprometiéndose a su vez éste a respetar la ley islámica y el ejemplo (*sunna*) del Profeta. Esta ceremonia es totalmente diferente a las de las antiguas monarquías europeas, ligadas siempre con lo sagrado. Aquí, se trata de una especie de contrato muy extendido en el derecho musulmán, que se aplica igualmente en las transacciones privadas.

[3] Esta ceremonia, que se repite en muchas ocasiones a lo largo del "Baïbars", en general, sirve para determinar el "nombre del reinado" que tomará el nuevo soberano. Pero aquí, puede que por un despiste del narrador, el nombre escrito sobre la espada no es el del rey El-Sâleh ("el Virtuoso", "el Justo", el que lo identifica como uno de los Hombres de Dios), sino El-Mansûr ("el Victorioso").

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las huríes del paraíso, pues resplandecía como la luna que emerge tras los velos de las nubes. Se unió a ella, y se deleitó con sus encantos. A la mañana siguiente, se fue al hamam, en donde se bañó; luego, los dignatarios del Consejo vinieron a felicitarle. Se dice que fue a la noche siguiente cuando los cuarenta Hombres de Dios[1] vinieron a visitarle y le ordenaron que comparar los mamelucos.

Al cabo de un año, la reina Shajarat El-Durr quiso hacer el peregrinaje a la Casa sagrada, visitar el pozo de Zamzam, el lugar de Abraham, y la tumba del Profeta, siempre al resguardo de la nube benefactora. Pidió permiso a su esposo, el rey El-Sâleh el Victorioso, que la dejó partir en compañía del visir Shâhîn. La reina cumplió con los ritos de la peregrinación, pronunció las jaculatorias consagradas y visitó la tumba del Profeta, observando que, en todas las circunstancias, el agha Shâhîn daba prueba de un discernimiento y de una sabiduría excepcionales. La reina hizo cubrir la Kaaba con un velo tejido por princesas, hijas de reyes, y regresó al Cairo, en donde residió en el harem del palacio.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La traición de los emires"

9 - "La venganza del rey de Persia"

[1] Los cuarenta Hombres de Dios pertenecen a la jerarquía mística secreta que gobierna el mundo, y en cuya cúspide se halla el *Qutb*, el Polo. Errante por el mundo, ignorado por los hombres, los Cuarenta, que están en contacto con el Mundo de lo Secreto, en el que se conservan las verdaderas esencias de todas las cosas pasadas, presentes y futuras; tienen como función preservar el orden del universo que, sin ellos, perecería en las sombras del caos; también dominan el tiempo, el espacio y la materia. Sobre todo esto ver la Presentación de "Flor de Truhanes", así como "La cabalgada de los Hijos de Isma'il".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6